

voluntario á la reina,—pon á tu hijo el gorro encarnado.» La reina cogió el gorro encarnado de manos de aquel hombre y se lo puso ella misma al Delfin. El niño, admirado, tomó á juego aquellos insultos. Los hombres aplaudieron; pero las mujeres, más implacables con la reina, no cesaron de insultarla. Las palabras obscenas, propias de las tabernas y de los mercados, penetraban por primera vez en aquellas bóvedas y herian los oídos de aquellos niños, cuya dichosa ignorancia les evitaba el horror de comprenderlas. La reina se ruborizaba al oír semejantes obscenidades; pero su ofendido pudor en nada rebajaba su varonil altivez, y se comprendía muy bien que si se ruborizaba, era más por aquel pueblo y por aquellos niños que por sí misma. Una jóven de figura graciosa y bien vestida era la que mostraba más encarnizamiento y la que más injurias vomitaba contra *la Austriaca*. La reina, que no pudo ménos de admirar el contraste que ofrecía el furor de aquella jóven con lo interesante de su rostro, le dijo con bondad: «¿Por qué me aborreceis? ¿Os he hecho sin saberlo algun daño?» «A mí no,—respondió la hermosa patriota;—pero vos sois la que causais la desgracia de la nacion.» «Pobre niña,—replicó la reina,—eso os lo han dicho para engañaros. ¿Qué interes tengo yo en causar la desdicha del pueblo? Mujer del rey y madre del Delfin, soy francesa por todos los sentimientos de mi corazón, como esposa y como madre. ¡Jamás volveré á ver mi país! ¡Yo ya no puedo ser feliz ó desgraciada sino en Francia! ¡Era yo tan dichosa cuando vosotros me amábais!...»

Esta tierna reconvenccion obró con tal fuerza en el corazón de aquella jóven, que pidió perdón á la reina derramando copiosas lágrimas. «Bien veo—le dijo—que yo no os conocía y que sois muy buena.» En este momento, Santerre se abrió paso entre aquella multitud, y sensible aunque brutal, no dejó también de enternecerse. Las gentes de los arrabales le dejaron pasar, temblando con solo oírle, y él hizo una señal imperiosa para que quedase la sala desocupada, empujando él mismo por la espalda á toda aquella gente hasta el Ojo de Buey. Entonces pudo respirarse allí por haberse establecido una corriente de aire, y reparando Santerre que el Delfin estaba sudando á mares, dijo: «Quitadle el gorro á ese niño; ¿no veis que se está ahogando?» La reina, al oír esto, dirigió á Santerre una mirada de madre. Aquél se acercó á la reina, y apoyado sobre la mesa, le dijo al oído: «Teneis unos amigos muy torpes, señora; yo conozco otros que os servirían mucho mejor». La reina calló y bajó los ojos. Desde esta fecha empezaron las inteligencias secretas entre la reina y los agitadores de los arrabales. Estos grandes facciosos, después de haber sacudido el yugo de la monarquía, recibían con complacencia las súplicas de la majestad. Su orgullo se gozaba en levantar á la mujer que habían abatido. Mirabeau, Barnave y Danton habían vendido ú ofrecido vender alternativamente el poder de su popularidad. Santerre no ofreció sino su compasión.

X

La Asamblea había vuelto á abrir su sesión en cuanto supo que había sido invadido el palacio, y había enviado una diputación compuesta de veinticuatro de sus miembros para salvar la vida del rey. Estos habían llegado demasiado tarde y andaban errantes por los patios y por los vestíbulos y escaleras de palacio, porque aunque les repugnase cometer el último crimen en la persona del rey, se ale-

graban interiormente de que se prolongase la agonía de éste y de la corte. Perdíanse sus pasos entre los de aquella multitud, cuyo ruido tampoco dejaba percibir sus palabras. El mismo Vergniaud se esforzaba en vano desde lo alto de la escalera principal en llamar al órden. La elocuencia, que es tan fuerte para conmover las masas, es impotente para contenerlas. De cuándo en cuándo algunos diputados realistas, indignados, entraban en el salón de las sesiones y subían á la tribuna para echar en cara á la Asamblea su indiferencia. Entre éstos se hicieron notables Vau-blanc, Ramond, Becquet y Girardin. Mateo Dumas, amigo de Lafayette, señalando á las ventanas de palacio, dijo al entrar en el salón: «¡Vengo de allí, y el rey está en peligro! Acabo de verle, y en vano mis colegas Mrs. Isnard y Vergniaud hacen inútiles esfuerzos para contener al pueblo. ¡Sí, yo he visto al representante hereditario de la nación insultado, amenazado y envilecido! ¡Vosotros sois responsables de todo ante la posteridad!» La única respuesta que tuvo fueron las risas y los silbidos. «¡No parece sino que el gorro de los patriotas es un signo de envilecimiento para la frente de un rey!—dijo el girondino Lasource.— ¡Cualquiera creerá que tenemos motivos de estar inquietos por la vida del rey! No insultemos al pueblo atribuyéndole unos sentimientos que no tiene. El pueblo no amenaza ni á la persona de Luis XVI ni á la del príncipe real. Tampoco comete ningun exceso ni violencia. Adopta medidas de dulzura y de conciliación.» Este lenguaje era hijo del pérfido letargo aconsejado por Petion. La Asamblea se durmió de nuevo al oír aquellas palabras.

Sin embargo, Petion no podía ya continuar aparentando por más tiempo que ignoraba que se hubiese reunido un grupo de más de cuarenta mil hombres armados, que después de haber atravesado todo París desde por la mañana, había desfilado en el salón de la Asamblea é invadido las Tullerías. Su prolongada ausencia recordaba la inacción de Lafayette el 6 de Octubre, con la diferencia, sin embargo, de que aquí había complicidad, y Lafayette obraba aquel día inocentemente. La noche iba acercándose y podía cubrir muy fácilmente con su sombrío velo desórdenes y atentados de tal naturaleza que excediesen á las miras que se habían propuesto los girondinos. Petion se presentó entonces en los patios de palacio, donde se le recibió con un continuado ¡Viva! La multitud le subió en brazos hasta lo último de la escalera, desde donde penetró en la sala en que hacía tres horas que estaba sufriendo Luis XVI los insultos más atroces. «Acabo de saber ahora mismo la situación de V. M.,—le dijo al rey.—Es muy chocante, porque hace mucho tiempo que esto dura»,—respondió el rey con una indignación concentrada.

Petion subió entonces sobre una silla, y empezó á arengar á la multitud, que permanecía inmóvil. Viendo que nada lograba, se puso de pié sobre los hombros de cuatro granaderos, y exclamó: «Ciudadanos y ciudadanas, habeis usado con dignidad y moderación de vuestro derecho. Acabad el día como lo habeis empezado. Vuestra conducta ha sido conforme á la ley; en nombre de ésta os intimo que os retireis, imitando mi ejemplo».

La multitud obedeció á Petion y se salió lentamente de palacio. Apenas empezó á quedar algo desahogado el salón, los granaderos sacaron al rey del hueco de la ventana en donde estaba aprisionado, y éste fué á reunirse á su hermana, que se arrojó en sus brazos en cuanto le vió, dirigiéndose los dos en seguida al cuarto de la reina por una salida secreta. María Antonieta, á quien su altivez había

impedido llorar hasta entónces, sucumbió al exceso de su emoci6n y de su ternura al volver á ver al rey. Echóse á sus piés, y abrazando sus rodillas, empezó, no á llorar, sino á gritar. Madama Isabel y los niños abrazaron todos al rey, que lloraba al verlos. Todos se regocijaban al verse salvos, cual si hubiesen escapado de un naufragio, y aquella muda alegría se elevaba hasta el cielo unida á la sorpresa y al reconocimiento con que dirigian su vista hácia él para darle gracias por haberlos libertado. Los guardias nacionales que habian sido fieles, los generales amigos del rey, el mariscal Mouchy y Mrs. Aubiers y Acloque felicitaron al monarca por su valor y por la presencia de ánimo que habia manifestado en aquella ocasion. Contáronse mutuamente los peligros por que acababan de pasar, y las atroces conversaciones, los ademanes, las miradas, las armas, los trajes y el súbito arrepentimiento de aquella multitud. El rey se vió en este momento por casualidad en un espejo, y notó que aún llevaba puesto el gorro encarnado. Ruborizóse al verlo, arrojóle al suelo disgustado, y sentándose en un sill6n, dijo á la reina enternecido: «¡Ah, señora! ¡Por qué os habré yo arrancado de vuestra patria para asociaros á la ignominia de este día!»

Eran ya las ocho de la noche. El suplicio de la familia real habia durado cinco horas. Los guardias nacionales de los barrios inmediatos, reuniéndose espontáneamente, iban llegando uno á uno á prestar apoyo á la Constitucion. Oíanse aún desde el cuarto del rey los pasos tumultuosos y las voces siniestras de las columnas populares que iban saliendo lentamente por los patios y por el jardin. Los diputados constitucionales acudieron indignados á palacio, deshaciéndose en mil imprecaciones contra Petion y los girondinos. Una diputacion de la Asamblea recorrió el palacio para enterarse de la violencia y de los desórdenes cometidos por la expedicion de los arrabales. La reina les enseñó las cerraduras forzadas, los goznes arrancados de las puertas, los pedazos de éstas y de las alacenas que habia en las paredes, y las astillas de los mangos de las picas, así como la pieza de artillería cargada á metralla, y otra porcion de objetos que estaban desparramados por los suelos. El desórden de los vestidos del rey y de toda su familia; aquellos gorros encarnados y aquellas escarapelas que les habian sido impuestas á la fuerza; la reina desgrefiada, pálida, convulsiva y derramando lágrimas, eran otras tantas señales más evidentes de la injuria que habian sufrido, que aquellos objetos que habia dejado el pueblo en el campo de batalla de la sedicion. Este espectáculo enternecia á todos los circunstantes é indignaba aún á los diputados más hostiles á la corte. La reina lo notó, y dirigiéndose á Merlin, le dijo: «¿Llorais, caballero?» «Sí, señora,—respondió el diputado estoico;—lloro las desgracias de la mujer, de la esposa y de la madre; pero mi enternecimiento no pasa de aquí, porque aborrezco á los reyes.» Estas palabras, que en otra ocasion podrian ser sublimes, eran demasiado duras en semejante momento ante un rey envilecido, unos niños inocentes y una mujer ultrajada. Ellas debieron herir más cruelmente el corazon de la reina que los hachazos dados por el pueblo en las puertas de su palacio, porque le anunciaban por la voz de un solo hombre la inflexibilidad de la revolucion. ¿Debia este hombre asociar el odio á la piedad en una misma frase, ante un infortunio de semejante naturaleza? Aun las opiniones más rígidas, ¿no tienen siempre cierta decencia y cierto pudor que les prohiben manifestarse abiertamente cuando con hacerlo pueden herir un corazon lastimado ya por la injuria recibida? ¿No hay en

la naturaleza humana algo más santo y más permanente que esos odios de opinion? Es decir, ¿no es primero enternecerse al ver las vicisitudes de la suerte, respetar al caido y compadecer su dolor?

Tal fué la jornada del 20 de Junio. El pueblo mostró en ella cierta disciplina en medio del desórden, y se contuvo hasta en medio de la violencia. El rey desplegó una intrepidez heroica unida á la mayor resignacion. Algunos girondinos dieron á conocer patentemente aquella perversidad fria que cubre la ambicion con la máscara del patriotismo, y que para apoderarse del poder le envilece, haciéndole insultar por el pueblo, sin que luégo pueda recogerlo sino hecho pedazos.



El rey bebe á la salud de la nacion.—Pág. 402.

XI

En todos los departamentos se estaban haciendo preparativos para enviar á Paris los veinte mil hombres decretados por la Asamblea. Los marseleses, llamados por Barbaroux á instancias de madama Roland, se aproximaban á la capital; almas ardientes del Mediodía, que venian á avivar en Paris el foco revolucionario, demasiado apagado segun el entender de los girondinos. Este cuerpo constaba de mil doscientos á mil quinientos hombres genoveses, ligurios, corsos y piemonteses, reclutados para un golpe de mano decisivo en todas las playas del Mediterráneo. La mayor parte de ellos eran marineros ó soldados aguerridos en las batallas, y otros cuantos eran sólo unos malvados avezados al crimen. Esta fuerza estaba mandada por jóvenes marseleses, amigos de Barbaroux y de Isnard. Fanatizados por el sol y por la elocuencia de los clubs provenzales, atravesaban Francia en medio de los aplausos de las poblaciones de lo interior del reino, que los recibian en triunfo y les embriagaban de entusiasmo y de vino en las comidas patrióticas que les daban diariamente. El pretexto de aquella marcha era ir á fraternizar en la

próxima federación del 14 de Julio con los demás federados del reino. El motivo secreto de ella era intimidar á la guardia nacional de París, avivar la energía revolucionaria de los arrabales, y ser la vanguardia de aquel campamento de veinte mil hombres que los girondinos habían hecho votar á la Asamblea para dominar á la vez á los Fuldenses, á los Jacobinos, al rey y á la misma Asamblea, teniendo á su disposición un ejército compuesto exclusivamente de hechuras suyas.

Los pueblos enteros salían á recibirlos, y lo mismo sucedió al de París. Los guardias nacionales, los federados, las sociedades populares, los niños, las mujeres, y finalmente, toda aquella parte de las poblaciones que vive de las emociones de la calle y que acude á todos los espectáculos públicos, volaban al encuentro de los marseleses. Los rostros tostados de estos hombres, su aire marcial, sus ojos de fuego, sus uniformes cubiertos de polvo, su gorro frigio, sus extrañas armas, las ramitas verdes que llevaban en el gorro, y su acento extranjero unido á su rostro feroz y á los más atroces juramentos, todo esto reunido hería vivamente la imaginación de la multitud. Parecía que la idea revolucionaria se había hecho hombre, y que bajo la figura de aquella horda iba á dar el asalto á los últimos restos del trono. Los marseleses entraban en las ciudades y en los pueblos cantando estrofas terribles, y eran recibidos bajo arcos triunfales. Aquellas coplas, alternando con el ruido regular de sus pasos y con el de los tambores, se parecían á los coros de la patria y de la guerra, respondiendo por intervalos iguales al choque de las armas y á los instrumentos mortíferos de los guerreros al ir al combate. Hé aquí esta canción patriótica, grabada en el alma de Francia:

I

Vamos, hijos de la patria, ha llegado el día de la gloria; el sangriento estandarte de la tiranía está alzado contra nosotros. ¿Oís en los campos el rugido de esos feroces soldados? ¡Vienen á degollar hasta en vuestros brazos á vuestros hijos y á vuestras compañeras!

¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Riegue nuestro suelo esa sangre impura!

II

¿Qué quiere esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿Para quién se preparan hace ya tanto tiempo esas innobles trabas y esas pesadas cadenas? ¡Para nosotros, franceses! ¡Ah! ¡Qué ultraje! ¡Cuánta ira debe excitar en nosotros! ¡Cómo se atreven á meditar el imponernos á nosotros la antigua esclavitud!

¡A las armas! etc.

III

IV

V

VI

Amor sagrado de la patria, condúcenos, sosten nuestros brazos vengadores. ¡Libertad, libertad querida, combate con tus defensores! Acuda la victoria á aliarse en nuestras banderas llamada por tus enérgicos acentos. ¡Vean tus enemigos al espirar tu triunfo y nuestra gloria!

¡A las armas! etc.

ESTROFA DE LOS NIÑOS.

¡Nosotros entraremos en la carrera cuando no existan ya nuestros mayores! ¡Nosotros hallaremos en ella el polvo y la huella de sus virtudes! ¡Mucho menos deseosos de sobrevivirles que de morir como ellos, tendremos el sublime orgullo de vengarlos ó de seguirlos!

¡A las armas! etc.

La música de este himno era tan á propósito para entusiasmar como su letra, y parecía que saliendo del pecho á manera del sordo rugido de la ira nacional, se convertía después como por encanto en el eco gozoso de la victoria. Había en esta canción cierta cosa tan solemne como la muerte, tan serena como la inmortal confianza del patriotismo. En una palabra, era el heroísmo cantado, ó un eco salido de las Termópilas.

Percibíanse en aquel canto el paso cadencioso de miles de hombres que marchaban reunidos á defender las fronteras sobre el sonoro suelo de la patria, la voz lastimera de las mujeres, los lloros de los niños, los relinchos de los caballos y el silbido de las llamas que devoraban los palacios y las chozas; oíanse además los sordos golpes de la venganza hiriendo repetidas veces con el hacha, y sacrificando á los enemigos del pueblo y á los profanadores del territorio. Las notas de aquella música chorreaban sangre cual bandera empapada en ella en el campo de batalla. Ellas hacían estremecer, pero el estremecimiento producido en el corazón por sus vibraciones era intrépido. Ellas animaban al combate, aumentaban las fuerzas y cubrían con un velo el hórrido semblante de la muerte. En una palabra, eran el *agua de fuego* de la revolución, que cayendo gota á gota sobre los sentidos y sobre el alma del pueblo, producía en él la embriaguez de las batallas.

Todos los pueblos oyen en ciertos momentos dados estos acentos que nadie ha escrito, que todo el mundo canta, y que parecen salir del alma de la nación. Todos los sentidos quieren ofrecer su tributo al patriotismo y alentarse mutuamente. El pié anda, el gesto anima, la voz embriaga al oído, y éste conmueve el corazón. El hombre todo entero se convierte en un instrumento de entusiasmo. El arte es entonces santo, el baile heroico, la música marcial y la poesía popular; de suerte que el himno que sale en aquel momento de todas las bocas es imperecedero y jamás se profana usándolo en ocasiones vulgares. Semejante á aquellas banderas sagradas suspendidas en las bóvedas de los templos, y que no sirven sino en ciertos días, el canto nacional se guarda como un arma formidable para las grandes necesidades de la patria. El nuestro recibió de las circunstancias en que salió á luz cierto carácter que le hace á la vez más solemne y más siniestro, por hallarse mezclados en sus coplas y estribillo la gloria y el crimen, la victoria y la muerte; pues si bien es cierto que fué el canto del patriotismo y que condujo nuestros soldados á la frontera, también fué la imprecación del furor y el que acompañó constantemente nuestras víctimas al cadalso. Un mismo hierro defiende la patria puesto en manos del soldado, y sacrifica las víctimas en las del verdugo.

XII

La *Marsellesa* conserva aún cierto sabor de canto de gloria y de grito de muerte, glorioso como el uno, fúnebre como el otro, porque al mismo tiempo que tranquiliza á la patria, hace palidecer á los ciudadanos. Hé aquí su origen.

Estaba entonces de guarnicion en Strasburgo un oficial de ingenieros llamado Rouget de Lisle, hijo de Lons-le-Saunier, departamento del Jura, país de ensueños y de energía como lo son siempre las montañas. Este oficial era aún muy joven, y amaba la guerra como soldado y la revolucion como hombre pensador. Sus versos y sus conocimientos musicales le hacian pasar distraido en aquella triste guarnicion. Buscado en la sociedad por su doble talento de músico y poeta, frecuentaba familiarmente la casa del baron de Dietrich, constitucional, amigo de Lafayette y corregidor de Strasburgo. La baronesa y unas cuantas jóvenes amigas cuyas participaban del entusiasmo patriótico de la revolucion, que palpitaba con más violencia en las fronteras, á la manera que la crispatura en los cuerpos es más sensible en las extremidades. Todas aquellas señoras apreciaban mucho al joven oficial, á quien inspiraban su corazon, su poesía y su música, siendo las primeras en ejecutar vocalmente y en el piano las notas apenas producidas por él.

Corria entonces el invierno de 1792, y el hambre se hacía sentir en Strasburgo. La casa de Dietrich, opulenta al principio de la revolucion, pero agotada ya por los forzosos sacrificios que le habian impuesto las calamidades de la época, habia venido muy á ménos. Rouget de Lisle recibia hospitalidad en aquella mesa frugal, donde se sentaba diariamente como un hijo de la casa. Un dia que no tenian para comer sino pan de municion y algunos pedazos de jamon ahumado, Dietrich miró á De Lisle con una serenidad en que se advertia cierta tristeza, y le dijo: «La abundancia falta en nuestros festines; pero ¿qué importa esto con tal que no falte el entusiasmo en las fiestas cívicas ni el valor en el corazon de nuestros soldados? Todavía tengo en mi bodega una botella de vino del Rhin; voy á mandarla traer para que nos la bebamos á la salud de la libertad y de la patria. Pronto debe haber en Strasburgo una ceremonia patriótica, y es preciso que De Lisle beba en las últimas gotas de esta botella uno de esos himnos que producen la embriaguez en el corazon del pueblo de donde ha salido». Las jóvenes aplaudieron esta idea, y en cuanto trajeron la botella, llenaron las copas de Dietrich y del joven oficial hasta que se salió el licor. Cuando pasaba esto era ya tarde y la noche estaba muy fria. De Lisle se puso á pensar y se quedó distraido, como quien tenia el corazon conmovido y la cabeza acalorada. Apoderóse de él el frio á poco rato, y entonces se fué á su casa, donde trató de buscar la inspiracion, tan pronto en las palpitations de su alma como ciudadano, como en el teclado del instrumento como artista. Ya componia la música ántes que las palabras, ya prescindia de aquéllas para componer éstas, asociando de tal suerte una y otra cosa en su pensamiento, que ni él mismo sabia cuál habia nacido primero; tan imposible le era separar la poesía de la música y el sentimiento de la expresion. De Lisle lo cantaba todo, y no escribia nada.

Agobiado con tan sublime inspiracion, se durmió sobre el piano y no se despertó hasta que fué de dia. Los cantos de la noche se representaron confusamente en su memoria como las impresiones de un sueño. Entonces los escribió, compuso

la música y se fué en seguida á casa de Dietrich, á quien halló en su huerto entrecavando unas lechugas de invierno. La mujer del corregidor dormia aún. Dietrich fué á despertarla y á llamar á algunos amigos, tan apasionados como él por la música y capaces todos ellos de ejecutar la composicion de De Lisle. Este la cantó, y una de las señoritas le acompañó al piano. A la primera estrofa palidieron los rostros de todos los circunstantes, á la segunda corrieron por ellos copiosas lágrimas, y á la tercera prorumpieron en un grito unánime de entusiasmo. Dietrich, su mujer y el joven oficial se abrazaban llorando. ¡El himno de la patria se habia hallado! ¡Ay! ¡Tambien debia ser el himno del terror! El infortunado Dietrich marchó á los pocos meses al cadalso, al són de aquellas notas nacidas en su hogar y produccion del corazon de su amigo y de la voz de su mujer.

A los pocos dias apareció la nueva cancion en Strasburgo y voló de ciudad en ciudad, tocada por todas las orquestas populares. Marsella la adoptó para cantarla al principio y al fin de las sesiones de los clubs, y los marselleses la esparcieron por toda Francia, cantándola por los caminos. De aquí le viene el nombre de *Marsellesa*. La anciana madre de De Lisle, realista y religiosa, asustada del renombre que habia adquirido su hijo como autor de esta cancion, le preguntaba en una de sus cartas: «¿Qué himno revolucionario es ése que canta una horda de bandidos al atravesar Francia, y al cual va unido nuestro nombre?» El mismo De Lisle, proscrito por federalista, se estremeció al oírle resonar en sus oidos como una amenaza de muerte, cuando un dia andaba fugitivo y errante por las veredas del Jura. «¿Cómo se llama ese himno?» — le preguntó al guía que llevaba. «La *Marsellesa*», — respondió el paisano. De este modo supo el nombre de su propia obra, precisamente cuando huia del entusiasmo que habia producido su cancion. A duras penas pudo escapar á la muerte. El arma suele volverse contra la misma mano que la ha forjado; la revolucion, cuando llega al delirio, no reconoce ya su propia voz.